

“... *fundada principalmente para...*”

En torno al sacerdocio en la Compañía de Jesús

1. Un contexto para el sacerdocio en nuestro ambiente contemporáneo

2. Entre dos coordenadas teológicas

2.1 La línea cristocéntrica

2.2 La línea eclesiocéntrica

3. La propuesta de síntesis ignaciana

4. Nosotros Jesuitas

4.1 Una mirada a los orígenes

4.2 Tres rasgos *no* ignacianos del sacerdocio

a. Lejos, muy lejos del poder

b. De vuelta al templo

c. Corta mirada y parco corazón

4.3 El sacerdocio jesuítico

a. Sacerdocio religioso

b. Somos humildad letrada

c. Somos acogida disponible y ayuda societaria

d. Somos pobreza y desalojo

5. Conclusión y final

6. Algunas referencias bibliográficas

José García de Castro Valdés, SJ
Universidad P. Comillas
Madrid

“...fundada principalmente para...” En torno al sacerdocio en la Compañía de Jesús¹

1. *Un contexto para el sacerdocio en nuestro ambiente contemporáneo*

Pensar hoy sobre el sacerdocio en abstracto y sobre el sacerdote en concreto, es un tema complejo, no fácil de definir y abarcar teológicamente y también con capacidad de generar cierta insatisfacción en lo que de él se pueda intentar pronunciar². Ocurre con no pocos temas teológicos, pero ciertamente, éste es uno de los que se resiste a ser encerrado en una definición diáfana y unívoca.

Es propio del sacerdote desempeñar una función en la sociedad y, por lo tanto, inmerso en ella, no puede menos de participar de la tradición, los valores y la evolución sociocultural en la que dicho ejercicio sacerdotal se inserta y se hace vida. En el mejor de los casos, intentará siempre mantener viva su dimensión profética, pero aún ésta será irremediablemente “profecía cultural”. Así, aunque marcados por una misma oración consecratoria y un mismo rito de ordenación, no es lo mismo ser sacerdote en Congo, que en Guatemala, que en India, Alemania, Estados Unidos, en España o en Corea. La matriz sociocultural que lo envuelve le otorga una mirada y una comprensión del mundo y, por lo tanto, lo hace parte de sí, asimilándolo en alguna medida. La imposición de manos, aunque a algunos les parezca extraño escucharlo, no “inmuniza” frente a tantas energías presentes en la cultura en la que se encuentra. Pensarse e intentar definirse fuera de ella es una ingenuidad, y, en numerosos casos, es la causa primera de fundamentalismos nada religiosos.

La teología y el significado del sacerdocio (y con él el sacerdote) han atravesado una compleja trayectoria en los últimos cuarenta años. Tal vez por nuestra situación sociopolítica en España el sacerdocio ha recorrido una larga trayectoria entre dos alejados extremos: *de* una figura cuasi-sacra, modelo de perfección, integrada en un estado de santidad con capacidad mediadora de salvación por su acceso más espontáneo a Dios, custodio de la verdad y dueño de no pocas conciencias, con un prestigio y reconocimiento social

¹ Adaptación de la charla “A los Superiores de la Provincia de Castilla de la Compañía de Jesús” (Salamanca, 2 de octubre de 2009).

² En estas páginas nos referiremos al sacerdocio como ministerio ordenado en la Compañía de Jesús. No podemos abordar, pues, temas de tanta actualidad como el sacerdocio ordenado de las mujeres, el sacerdocio de los Hermanos coadjutores dentro de la Compañía de Jesús o el sacerdocio común de los fieles, temáticas todas ellas de gran importancia que requieren de estudios monográficos aparte.

dado automáticamente por su “status”, a una figura imparablemente desconocida, ignorada o exótica, representante visible de una institución que se encuentra en nuestro días en niveles muy bajos de aprecio y credibilidad social.

Aquí confluyen numerosos y muy profundos aspectos que superan las condiciones de esta reflexión y la competencia de quien escribe, aspectos más propios de la sociología de la religión. El sacerdocio, institución religiosa donde las haya, busca su sentido y desarrolla su existencia en un contexto en el que el sentido religioso de la vida preocupa mucho menos y está cada vez más ausente: pérdida del sentido de lo sagrado, despreocupación por las cuestiones trascendentes del existir, ausencia de la pregunta sobre Dios y su ser o no ser, antropologías inmanentes suficientemente satisfechas con su apertura a una temporalidad finita, vaciamiento semántico de grandes términos teológico-dogmáticos en torno al sacerdocio: salvación, redención, misa, sacrificio, creación, pecado, gracia...; la sociedad ha ido soltándose, con prisa y sin pausa, de preocupaciones tal vez “religiosas” que la mantenían vinculada a la institución visible de la Iglesia. Las preocupaciones radicales de ésta no son más los intereses de aquella. “Al menos, nos dejarán la gestión de la muerte”, podrá pensar el clérigo melancólico; pues hasta de eso se viene desprendiendo la sociedad. La falta de interés, al menos socialmente reconocidos, por las grandes preguntas de la escatología, deja fuera a la Iglesia de uno de sus grandes centros tradicionales de poder, la llave a la vida infinita a través de los ritos católicos para una buena muerte.

Como una nota a pie de página sin su texto de referencia, así aparece el sacerdote en numerosos círculos y contextos sociales³. Todo esto tan brevemente descrito en relación al sacerdote, no dice, ni sustrae nada del fundamento bondadoso y amable (digno de ser amado) del mundo contemporáneo en el que hemos sido puestos⁴.

³ Así me sentí –casi sinsentido– cuando tras los terribles atentados terroristas del 11-M en Madrid visitaba el Pabellón del IFEMA donde habían recogido los cuerpos sin vida y esperaban los familiares, con enorme angustia, la noticia terrible de la muerte de algún ser querido. Psicólogos, antropólogos y voluntarios de todo tipo y motivación gestionaban competentemente esta situación tradicionalmente a disposición del “cura”.

⁴ Juan María Uriarte en su reciente pliego en *Vida Nueva* nº 2673 (5-11 de setiembre de 2009) “Ser presbítero en el seno de nuestra cultura” destaca los siguientes rasgos culturales “de impacto” sobre el sacerdote: cultura impregnada de narcisismo, cultura que privilegia la individualidad, cultura que promueve la liberación sexual, cultura que debilita el sentido de pertenencia, cultura que acentúa la satisfacción de los deseos, cultura que no consolida la “confianza básica”, cultura con un Dios al margen. Es también cultura más crítica, más universitaria, más igualitaria, más desafiante, más libre, más interpeladora, más plural, más abierta, más intercultural que la de hace 50 años, cuando el presbítero y la Iglesia lo tenían todo demasiado más claro.

Esta realidad social todavía tiene años por delante para seguir evolucionando en esta línea, una ola que todavía está, como dice Martín Velasco, levantando la cresta. Es muy posible que el discurso sobre lo religioso, en nuestro caso católico, sea en veinte años –ya lo está siendo- muy extraño e incluso ajeno a gran parte de nuestra población. Ahí nos movemos, como sacerdotes, en palabras de Olegario González de Cardedal, “entre el silencio de Dios y la extrañeza del mundo”.

Es posible que nosotros como jesuitas sintamos menos este vacío de significado y de sentido, en gran parte porque somos patronos de nuestras instituciones y desarrollamos nuestra misión, en definitiva, en nuestra casa, y en nuestra casa se es, o al menos se aparenta ser, como el patrón desea que se sea. Si nuestros compañeros de misión, hijos de nuestro tiempo, se han visto felizmente liberados de esta percepción del sacerdote como “figura sacra” propia del nacionalcatolicismo de los 50, sí pueden mirarnos, bien como compañeros de trabajo instalados en otra opción de vida, muy generalmente no comprendida pero respetada, o bien como patronos, desde una desigualdad e inferioridad laboral que condiciona una relación marcada, al menos, por el respeto y la distancia, aunque para muchos de ellos sigamos siendo, desde nuestra opción por el sacerdocio, unos verdaderos extraños.

Es un reto para nosotros permanecer atentos para no confundir estos niveles de percepción y no contentarnos fácilmente con la aceptación social de que podamos gozar de puertas para adentro, pensando que pueda deberse al testimonio que ofrecemos desde nuestro ser sacerdotes o religiosos. La ingenuidad amenaza ahora al poder confundir una distorsionada autopercepción en el interior de nuestras instituciones (“somos buenos religiosos-jesuitas-sacerdotes”) con la valoración que numerosos colegas puedan ir formulando silenciosamente de nosotros por lo que de nosotros ven, perciben y, en más de una ocasión, sienten y padecen (“son los que mandan”).

2. Entre dos coordenadas teológicas

Junto con la evolución de las teologías postconciliares en torno al sacerdocio, evolucionaron también maneras diversas de vivir como sacerdotes. Cómo entendamos este importante aspecto dentro de nuestra Iglesia, es motivo de discusión, a veces acalorada, y también, por desgracia, motivo de división dentro de la comunidad eclesial. Herederos de una situación sociopolítica tan marcadamente binaria, subyace en numerosos ambientes una espontánea aplicación al interior de la Iglesia: progres y conservadores,

derechas e izquierdas. Cómo comprendamos y nos comprendamos en nuestro *ser* sacerdotes y en nuestro *hacer* como sacerdotes muestra sin pretenderlo toda una articulación de valores teológicos subyacentes: una visión del varón / mujer (antropología)⁵, una determinada interpretación de Cristo (cristología), una visión y valoración de la comunidad creyente (eclesiología), una manera de entender la mediación y la gracia (sacramentología), una imagen de Dios, un pensar sobre el más allá (escatología) y también, en numerosos casos una visión y valoración del mundo. El sacerdocio / sacerdote es la punta de un iceberg bajo la cual permanecen silenciosamente sumergidas otras problemáticas teológicas de hondo calado.

En la medida en que la sociedad ha ido ganando en apertura, ha ido también favoreciendo posiciones más plurales en el seno de la Iglesia. Por lo que respecta al sacerdocio y, muy en líneas generales, cabe formular una doble visión de su dimensión ministerial. Asumiendo el riesgo de cierto reduccionismo, aquí acentuaremos los rasgos más propios de su perfil para ser más gráficos en la exposición; sin que sea necesario irse a los extremos a los que apuntan, creo que sí pueden ayudarnos a acercarnos, en parte, a esta compleja problemática; estas dos líneas son: una más cristocéntrica y otra más eclesiocéntrica. Las dos son complementarias y se reclaman mutuamente, pues no podemos pensar la una sin la otra.

2.1. La línea cristocéntrica. Esta línea acentúa la experiencia de la amistad personal con Cristo, de la configuración con él. Tiende a ver al sacerdote como una persona especialmente vinculada a Jesús y *a Jesús con él*, con una conciencia de llamada especial a la santidad y con ciertos poderes eficaces de mediación ante Dios debido precisamente a su intimidad con Cristo.

Para los que comprendan el sacerdocio más en esta línea, la energía del sacerdote procede de su *ordenación*, que le eleva a un ámbito espiritual o pseudomístico, dentro de la Iglesia, diferente al del resto del Pueblo de Dios. La ordenación es en parte deseada y en parte vivida, porque se cree entrar a participar de ese ámbito de realidad espiritual al que no puede acceder otra gente no ordenada. Aquí subyace también una determinada visión del Misterio de Jesús, que no acaba de rebelarse para todos con total radicalidad, sino que una parte de Él permanece oculta y será sólo desvelada a los que reciben el sacramento. Dios en Cristo es más Pantocrator revestido de majestad y autoridad, que Galileo cansado y fatigado del camino, o Nazareno ajusticiado y

⁵ No se trata sólo de una concesión al lenguaje inclusivo, políticamente más correcto, sino una alusión a la diferencia de mirada que la Institución todavía proyecta sobre el varón y a la mujer.

colgado de un madero. Participar de este Cristo Poderoso es participar también de parte de su majestad y su poder.

La energía del sacerdote procede también de su fidelidad a la *oración* como lugar de encuentro incondicional con el Señor, una oración en gran medida litúrgica, la oración de la Iglesia (breviario en especial) vivida con fidelidad y con una preocupación grande por cuidar sus formas y modos.

De esta intimidad con Cristo derivan también su acción y *apostolado*. El acento caerá notablemente sobre la liturgia y ministerios sacerdotales explícitos: confesión, otros sacramentos, dirección espiritual explícita, catequesis..., todas ellas acciones relacionadas con un carácter “sanador”, que busca reproducir los gestos y palabras de Jesús. Otro tipo de acciones ya no serán ministerios, por ser consideradas poco sacerdotales; se concede, entonces, menor aprecio a ministerios más “sociales”, que han de ser desarrollados por los laicos o por religiosos no ordenados.

Instalados en esa interpretación, la *visión de la Iglesia* tiende a ser más jerárquica que popular, y Dios se da a conocer en la Iglesia más por el Papa o por el Obispo, auténticos sacerdotes, que por el pueblo de bautizados. El cuerpo de Cristo es la Iglesia, más claramente en sus estructuras jerárquicas, de las que el sacerdote es parte. La visión vertical de la Iglesia y su elemento objetivo prima sobre la experiencia personal de una gracia un amor que ya han sido derramados en nuestros corazones. Obedecer acríticamente es siempre acertar. Pronunciar “iglesia” evoca ante todo mitra y báculo. Al autoperibirse como sacerdote ordenado, antes incluso que como ser humano o bautizado, su vida es un hacer y ejercer visiblemente de sacerdote. Vestidos, colores, formas, maneras, gestos y lenguaje son importantes como distintivo de una persona distinta. Su *riesgo* es perder de vista la comunidad como lugar teológico y hacer de los hermanos unos cristianos de “segunda”; mirar a la Iglesia, ante todo, como cuerpo clerical con vía directa con el Espíritu y, entre tanta sacristía e incienso, olvidarse de los más pequeños, los frágiles, los pobres. Corre el peligro de deslizarse por una pendiente de autocomplacencia en una pseudosantidad que cree concedida automáticamente por el “estado” sacerdotal en el que ha sido puesto.

Para un sacerdocio así entendido, es claro que la *comunidad* adopta una función más bien pasiva en el interior de la vida de la Iglesia, también en la

local, y su principal acción es dejarse instruir por el líder. El sacerdote aquí instalado piensa con frecuencia que no es necesario que un laico reciba formación teológica (Sagrada Teología) porque no lo necesita para su función en la sociedad: ha de ser un buen profesional, pues para orientar y animar su vida de fe, la verdaderamente importante, para eso ya está el sacerdote. El acceso al saber teológico es más propio de quien ha sido ordenado, favoreciendo así, de manera indirecta, un aumento de poder y desigualdad al mantener al otro (y no digamos a la otra) en la pobreza de la ignorancia; la buena voluntad, el trabajo bien hecho, junto con la confianza en el líder ordenado son suficientes para la salvación del laico/a.

Esta visión de la Iglesia está soportando una manera de vivir y celebrar los *sacramentos*, de manera especial a la Eucaristía, como fuente primera de identidad. El sacerdote instalado en esta línea se preocupa de presidir o al menos concelebrar siempre y visiblemente en la Eucaristía y, con facilidad, se sentirá incómodo, tal vez incluso en una pequeña traición al Señor, si participa en la Eucaristía en medio del pueblo, como uno de tantos, cosa difícil de aceptar, porque, en verdad, no es “uno de tantos”. La Eucaristía pierde en no pocas ocasiones su dimensión comunitaria, aunque asistan numerosos fieles. Lo importante para el sacerdote en esta línea es celebrar la misa, e importa menos la participación o no de otros fieles; habrá incluso quien prefiera celebrarla sólo, sintiendo así, tal vez, mayor intimidad y exclusividad con el Señor. Si se preside, la presidencia será solemne y clara, propia de alguien que habla con autoridad; se seguirán las rúbricas con detalle y se pronunciarán cosas en latín para mantener cierta “complicidad” excluyente entre el que preside y Dios.

En cuanto a la *escatología*, el mundo en esta línea puede ser interpretado más como vocación de plenitud en la consumación de los tiempos que como lugar de presencia real del Creador en su tiempo presente. El mundo tiene sentido en tanto que vocación de futuro y pasar por él puede tener no poco de “resistir” hasta que Dios quiera llamarnos a su definitiva e infinita plenitud. Aquí, el Reino no ha llegado todavía, está por venir. Pasar por este mundo implica necesariamente esforzarse por ganar el más allá, según aquello del “valle de lágrimas” que tanto mal nos ha hecho, y las estructuras actuales temporales (económicas, políticas, sociales) de la historia no han de ser objeto primero de preocupación del creyente. La Iglesia tiene otras preocupaciones más elevadas y espirituales; desgracias, injusticias, catástrofes... están en manos de Dios. Antes que comprometerse con el mundo con acciones de

justicia, palabra siempre incómoda y peligrosa, hay que rezar por él, así nunca nos equivocaremos.

2.2 *Una línea eclesiocéntrica.* Esta línea acentúa la referencia a la comunidad y por tanto, la dimensión pastoral del sacerdote, un pastor con el pueblo y para el pueblo. Hace del trabajo y su actividad el centro de su vocación, con el riesgo de perder del horizonte su dimensión trascendente. Tiene claro que ser sacerdote es sobre todo servir a los hermanos y el lavatorio de los pies es la verdadera Eucaristía. Estará indiscretamente disponible para todo tipo de tareas de servicio aunque poco o nada tengan que ver con los ministerios “propios” del sacerdote. Dios es más Jesús abajado y humillado que Cristo enaltecido y revestido de poder; Nazaret y Palestina son lugares de contemplación más comunes que la Jerusalén Celeste triunfante y en gloria.

En esta línea, la visión de la *Iglesia* es horizontal, más democrática y de comunión que vertical – jerárquica. La voluntad de Dios se da a conocer a través de la voluntad y el asentimiento de la comunidad. El Cuerpo de Cristo es la Iglesia, sobre todo la parte de la comunidad sufriente, pobre y frágil, y toda otra estructura intracomunitaria sólo tiene sentido si está al servicio de esa primera dimensión de compromiso con los pobres y auxilio de los pequeños.

Reflejo de esta imagen de la Iglesia, es la manera de comprender y celebrar los *sacramentos*. Liturgias más participativas, menos solemnes y “misteriosas”, sin fórmulas teológicas extrañas o espacios sagrados excluyentes. La figura geométrica preferida es el círculo que busca integrar a todos por igual, también a mujeres y niños.

El *mundo* y la historia son en esta línea lugares de revelación, que nos hablan de Dios y en los cuales es posible y probable acceder a Él, porque en ellos, Dios ya ha querido hacerse accesible. Aquí preocupa menos el horizonte escatológico del mundo y de la historia, porque lo importante ahora es que el “hombre viva” y viva dignamente. En el nombre del Señor, hay que salir eficazmente al paso de injusticias coyunturales o estructurales, desgracias o catástrofes, para volver a situar al hermano en el digno lugar de criatura donde Dios le quiere aquí y ahora. Es una línea más presentista. Las obras buenas no se interpretan como prácticas puntuales de la caridad, sino como búsqueda sistemática de la transformación de estructuras injustas y opresoras; el

verdadero seguidor de Jesús no puede renunciar a este compromiso con la historia. El Reino está ya presente entre nosotros.

Si en la línea anterior el acento recaía en la ontologicidad del sacramento, ahora recae en su *funcionalidad*, en su “para qué”. El compromiso es una palabra “mágica” que integra gran parte del sentido de su vocación. Hay que comprometerse con la historia, como Jesús se comprometió hasta dar su vida. Pero tampoco el compromiso por la historia carece de *riesgos*: su entrega generosa e incondicional, sus largas y abnegadas jornadas de entrega, justifica sus “apaños” con su vida espiritual explícita; subyacen más o menos formulados algunos principios con los que se va pactando: “con los pobres todo es oración”... Es un sacerdocio de liderazgo pastoral notable y junto con el pastoral puede venir también el personal gratificador. Para esta línea es fácil apropiarse del “rebaño” y empezar a sentir como propio lo que ha ido construyendo a base de tanto trabajo y esfuerzo. Un activismo desmesurado puede ahogar también el protagonismo de la comunidad. Mirar indiscretamente al pobre (del tipo que sea) puede deslizar al sacerdote aquí instalado hacia una progresiva desvinculación de las mediaciones histórico-jerárquicas de la Iglesia y convertirle en un solitario francotirador acríticamente convencido de la bondad de sus posturas y criterios.

3 Propuestas de síntesis ignacianas

La CG 31 (1965) abogó en su día por una integración clara. “Cada sacerdote debe integrar en sí todos estos aspectos en una espiritualidad concreta y personal; con la unción del Espíritu Santo y con la ayuda de los superiores, ha de procurar llevarlos a su plenitud en una síntesis orgánica y vital” y continúa con claridad “se deben pues, evitar todas las soluciones o tendencias unilaterales que subrayan solamente un aspecto -sea el humano, sea el religioso, sea el sacerdotal- disminuyendo de este modo el valor de los demás”⁶.

El P. Arrupe continuó animando esta propuesta de integración de estas dos líneas y expresó esta tensión tratando de integrar la paradoja de sus extremos: “[sacerdotes] segregados por el mundo pero inmersos en él, débiles como hombres pero a quienes se exige fortaleza de Dios; entregados y viviendo

⁶ CONGREGACIÓN GENERAL 31, “Decreto 23. El apostolado sacerdotal”, Hechos y Dichos, Zaragoza 1966, 199. A partir de ahora CG. Otras abreviaturas utilizadas: *Au*: Autobiografía de San Ignacio de Loyola; *D*: Decreto (de alguna de las CG citadas); *Ej*: Ejercicios Espirituales.

profundamente la realidad presente pero proyectados hacia lo eterno”⁷, maneras creativas de integrar el “estar con el Señor” y el “trabajar con Él y como Él”⁸, observándole y conociéndole en sus “innumerables actos de oración” que le llevaban también a “moverse, actuar, cansarse: Jesús fue activo, activísimo”⁹. Constató también con lucidez esta escisión dentro de la Compañía: “Se ha podido afirmar que San Ignacio entendió el sacerdocio más en la línea de ‘lo misional’ que en el sentido de lo ‘cultural’ y que sin embargo en la vida de los jesuitas, a veces, a la hora de entender y practicar el sacerdocio, ha influido más la teología post-tridentina que la Fórmula del Instituto”¹⁰.

Más recientemente (1997), el anterior P. General, P.-H. Kolvenbach, todavía recordaba la diversidad de orientaciones dentro de la Compañía en este punto crucial y se extrañaba al constatar cómo para algún dirigente eclesiástico el sacerdocio podía resultar incompatible con el servicio social, hasta el punto de preguntarse “¿qué decir de una carta que pide que no se lleve adelante la canonización del Beato P. Hurtado de Chile, porque estaba demasiado implicado en una acción social que debe seguir siendo campo exclusivo de los cristianos laicos?”¹¹. ¿Será posible integrar estas dos tendencias?

La misma vida del P. Arrupe, no sólo sus escritos, puede ser icono de dicha integración. Asomarse al mundo interno de sus mociones y devociones permite comprobar la unidad de un hombre entregado a Cristo y apasionado por la historia¹². De igual manera Kolvenbach señala: “Separando lo que está unido en Cristo –el pan de la vida y el pan de cada día, la Cena y el lavatorio

⁷ ARRUPE, P., “Sacerdocio ministerial de los religiosos”, *La Iglesia de hoy y del futuro*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao – Santander 1982, 491-502, 492.

⁸ Son los tres grandes apartados del artículo de P. Arrupe arriba citado.

⁹ ARRUPE, P., “Sacerdotes para la Iglesia y para los hombres”, *La Iglesia de hoy...*, 512-513.

¹⁰ ARRUPE, P., “La misión apostólica, clave del carisma ignaciano”, *La identidad del jesuita en nuestros tiempos*, Sal Terrae, Santander 1981, 105-124, 121. Cf. CG 31, d23, 195 [1].

¹¹ KOLVENBACH, P.-H., “Un amor pascual por el mundo. Conferencia en el Congreso de lo social”, *Selección de escritos (1991-2007) II*, Curia del Provincial de España, Madrid 2007, 248-259, 248, con más casos de “extrañeza”.

¹² IGLESIAS, I., “Aportaciones a su biografía interior”, *Pedro Arrupe, General de la Compañía de Jesús. Nuevas aportaciones a su biografía* (La Bella, G., ed.), Mensajero-Sal Terre, Bilbao-Santander 2007, 975-1019. La pasión de Arrupe por el mundo y la historia no requiere comentario ni argumento alguno para convencer; guiados por Iglesias, podemos adentrarnos en su amistad e intimidad con Cristo, océano de espiritualidad y mística ignacianas todavía por descubrir. Pueden verse a modo de pequeño apunte, los sorprendentes párrafos que Iglesias transcribe en 1991, tomados de *Documentos dejados por el P. Iturrioz con destino al Fondo Arrupe del ARSI*.

de los pies- es imposible asegurar la coherencia de la vida personal del jesuita y la vida de trabajo conjunto del cuerpo apostólico de la Compañía”. “Es, efectivamente, en la celebración de éstos [los sacramentos] donde debe desembocar la exigencia de a ‘ayuda a las almas’, es justamente también a éstos a donde lleva la coherencia de una vida de presbítero, marcada para siempre por una consagración sacramental que, una vez recibida, pide ser concretada en palabras y en gestos propios”¹³.

4. *Nosotros Jesuitas*

En esta cultura, en este momento, con estas coordenadas de comprensión del sacerdocio, nosotros jesuitas... ¿De dónde venimos? ¿Dónde y cómo queremos estar? La segunda de las preguntas no debe prescindir de la primera sino más bien asumirla con creatividad para intentar responder hoy desde los valores irrenunciables del carisma recibido.

4.1. Una mirada a los orígenes

En nuestros orígenes estuvo el sacerdocio natural y espontáneamente integrado en el primer grupo de París. El proceso de Ignacio hacia el sacerdocio, del que curiosamente apenas se dice nada en la *Autobiografía* y otros escritos, parece ir confluyendo acriticamente en la opción sacerdotal. Ignacio sale de Loyola, con un cierto horizonte de entregar su vida a Dios y a la ayuda de las ánimas en Jerusalén, lo cual, aunque no esté así explicitado, bien podemos pensar que incluía un proyecto de vida en celibato y en pobreza y con una dedicación a algunos ministerios afines a aquellos de los sacerdotes: predicar, iniciar en la oración (meditación de los pecados, examen), catequesis, conversar espiritualmente.

La crisis de Jerusalén, al ser expulsado de Tierra Santa por la autoridad de las bulas papales, demuestra una voluntad de obediencia filial a la Iglesia y la primera interpretación de que aquello que dicta la Iglesia es lo que Dios quiere para mí [Au 46]. Es la primera vez que aparece en la *Autobiografía* la expresión “la voluntad de Dios” [Au 50], curiosamente ante una instancia tan objetiva y cuando la subjetividad aparece firmemente determinada a lo contrario¹⁴. Tras las confusas y agitadas estancias por Alcalá y Salamanca, Ignacio decide ir a París para lograr los grados académicos que le permitan

¹³ KOLVENBACH, P.-H., “En el 450 aniversario de la aprobación de la Fórmula del Instituto por el Papa Paulo III (Loyola, 26 de setiembre de 1990), *Selección de Escritos (1983-1990)* (I), 253-268, 263, y esp. 254-257.

¹⁴ “Su firme propósito era quedarse en Jerusalén [Au 44], “tenía este propósito muy firme, y que juzgarlo por ninguna cosa dejarlo de poner en obra” [Au 46].

hablar de Dios en público y en privado sin ser molestado por la Inquisición. Por ahí vislumbramos el sacerdocio en Ignacio¹⁵. En París va derivando suavemente hacia la ordenación sacerdotal que parece ser un punto no cuestionable para el grupo¹⁶. Acerquémonos brevemente a los casos particulares dentro el grupo.

Fabro promete castidad desde muy joven y creció en sabiduría y en el temor de Dios de mano de su maestro, el piadoso sacerdote Pedro Veliardo. Francisco Javier aparece en 1531 en los registros de la Universidad de París como “Clérigo de la diócesis de Pamplona”. Laínez sintió pronto la vocación a partir de Mateo 16 “El que quiera seguirme...” llegando a interpretar que “no había mayor cruz para él que casarse y tomar mujer”. Salmerón llega a Alcalá a estudiar la filología bíblica en 1528, cuando sólo tenía 13 años con propósitos muy similares a los de Laínez.

Por su parte, Bobadilla recibió la tonsura clerical a los 11 años y se desplazó a París con el motivo de progresar en el estudio de las lenguas clásicas. De los tres que se incorporaron más tarde, Claudio Jayo ya era sacerdote (28 de marzo de 1528, 9 años y tres meses antes que el resto del grupo). Jayo contaba ya con un tío sacerdote, Pierre, desde 1524. Su casa estaba próxima a las cartujas de Valen y Melan y no muy lejos del monasterio de Reposoir, donde era prior un tío de Fabro. Conoció también al mismo maestro que Fabro Pierre Viellard en La Roche (1517-1519). El encuentro con Fabro en Saboya en 1533 fue decisivo para dirigirse a la Sorbona y unirse al grupo de París. El desconocido Paschase (Pascasio) Broët llega a París cuando llevaba ya ordenado nueve años (12 de marzo de 1524), y poco más de trece cuando el resto de sus compañeros (1527) recibe la ordenación. Jean Coduri, entra en París con el Bachillerato en Teología y con la tonsura de eclesiástico; sería el primero en fallecer (Roma 1541).

Son pocos testimonios acerca de la vocación y el discernimiento de los compañeros para decidir y confirmar su elección del sacerdocio. Creo que es buen momento para recordarlo. Polanco nos comenta que fue la providencia

¹⁵ Así Arrupe: “El sacerdocio para Ignacio, en primer lugar, permite entregarse más ‘cómodamente’, es decir, en condiciones de obtener mayor fruto, adquiriendo una base intelectual para su vida espiritual para su vida espiritual [...] En segundo lugar para ‘aprovechar’ a las ánimas, porque no podría, desde su perspectiva, hacerlo plenamente sino desde el sacerdocio, al igual que los apóstoles” (ARRUPE, P., “Inspiración trinitaria del carisma ignaciano”, *Identidad del jesuita...*, 404).

¹⁶ Para todos estos aspectos del comienzo del primer grupo, GARCÍA DE CASTRO, J., “Sacerdocio en ejercicio. Los primeros sacerdotes jesuitas”, *Manresa* 74 (2002) 341-359, con todas las referencias que aquí omitimos.

quienes les ayudó a no sumarse a ninguna de las religiones ya existentes. Sólo tenían más o menos claro su deseo de ir a Jerusalén y emplear allí sus vidas.

+ Ignacio, en carta a Juan Verdolay (Venecia, 24/7/1537), también es parco en lo que a lo explícitamente sacerdotal se refiere: “Venidos aquí en Venecia, el día de San Joán Bautista, acabamos de tomar todos las órdenes, incluso el sacerdocio”.

+ Fabro comenta en su *Memorial*: “En la Pascua de 1537 nos dispersamos por diversos lugares [...] para que quienes todavía no eran sacerdotes pudieran prepararse mejor para tan alto ministerio” (*Recuerdos*, 17). Y en carta a Diego Gouveia (23 noviembre de 1538), al hablar de las características de este primer grupo, comenta que están unidos en una misma compañía (in hac societate colligati), bajo la obediencia al sumo Pontífice (devovimus nosmetipsos summo pontífice) y preparados para ser enviados a cualquier parte, omitiendo cualquier referencia al sacerdocio.

+ Laínez escribe en su *Epístola* a Polanco (Bolonia 1547): “y en este medio [esperando ir a Jerusalén] nos aparejamos para el sacerdocio, del cual nos ordenamos el día de San Juan Bautista, con mucha consolación nuestra y también del obispo Arbense [...] Hechos todos luego sacerdotes y dichas las primeras misas, excepto el P. Maestro Ignacio que dijo la suya mucho después, deliberamos de repartirnos por numerosas universidades de Italia”¹⁷.

Esta familiaridad espontánea con el ministerio ordenado, que parece integrarse acrítica y armónicamente en el grupo, pasó poco más tarde a la *Fórmula del Instituto*, donde apenas descubrimos alguna tímida alusión al sacerdocio entre la preocupación por la misión: “Y todos los miembros de la Compañía, dado que han de ser presbíteros...”¹⁸. Esta natural apropiación llega a nuestros días en la persona del P. Arrupe; llama la atención de nuevo la casi total ausencia de referencias al sacerdocio en las ya citadas páginas de I. Iglesias sobre P. Arrupe en sus “Aportaciones a su biografía interior”. Para ir trazando el rostro de la experiencia mística del entonces General, se detiene Iglesias en categorías tan profundas como el agradecimiento, la necesidad de un contacto íntimo con el Señor (991-992), la pureza del alma (981), el voto de perfección (1002-1007), la abnegación, la segunda conversión (1004-1006), la

¹⁷ FN I; 118-120. (Cf. SIMÓN RODRÍGUEZ, *De origine et progressu Societatis Iesu*, (Alonso Romo, E., ed.) Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2006, 83 [60] y BOBADILLA, *Autobiografía*, Monumenta Bobadillae, 616).

¹⁸ Fórmula del Instituto 5 [6], *Obras completas* 1982, 439; nótese que aparece como una proposición explicativa, como queriendo explicitar algo que en parte podría darse por supuesto.

devoción al Sagrado Corazón (982-984), la pobreza (1008-1010)... pero ha prescindido del sacerdocio, al que solo cita en relación, de nuevo, al Sagrado Corazón (994) y brevemente en torno a la celebración de la primera misa de Arrupe¹⁹.

4.2 Tres rasgos no ignacianos del sacerdocio

a. *Lejos, muy lejos del poder.* El sacerdocio en la Compañía para ser tal no puede ser nunca comprendido ni interpretado como un sacerdocio otorgador de *poder*, aunque la comunidad o la obediencia, en ciertos contextos, otorguen al sacerdote una *autoridad* para ser ejercida como un servicio a la Iglesia²⁰. Esta tenue frontera entre recibir y gestionar una autoridad y ejercerla desde el poder, ha de ser tema de discernimiento y examen constante, tanto personal como institucionalmente. La referencia a algunos elementos de los *Ejercicios* como la indiferencia, el tercer binario y un deseo de identificación con Cristo pobre, humilde y humillado [cf. *Ej* 23.155.167] son un antídoto eficaz para resituar amablemente la tentación omnipresente de poder. Si bien nunca reconoceremos explícitamente que buscamos el poder (algo que va a todas luces contra el modelo de virtud reconocido socio-religioso-institucionalmente²¹), reconocemos también que en no pocas veces tendencias y pulsiones, más o menos conscientes, tiran de nosotros para construir un ego personal y societario poderoso.

En esta zona del planeta en que hemos sido puestos, y sin negar nada de lo dicho en el punto primero sobre la situación sociocultural en que nos encontramos, la tentación de poder nos alcanza, por ejemplo, por la ostentación de la titularidad de numerosas instituciones, y, en definitiva, por tener la llave de muchos puestos de trabajo, gestión de grandes cantidades de dinero y de un nombre en nuestros centros todavía socialmente reconocido. Un provincial, por ejemplo, tiene gran autoridad, sin duda, pero también posibilidad de acumular y disponer de mucho poder, y así, de igual manera, no pocos jesuitas en las diversas plataformas o instituciones donde trabajamos como directores, rectores o responsables de alguna sección, departamento, delegación, comisión, secretaría... Nuestro sacerdocio trae consigo casi como un “documento adjunto” la participación en una institución que, mal

¹⁹ *Pedro Arrupe...* (La Bella, ed.) *cit.*

²⁰ Mantengo esto por encima de cualquier contexto o situación cultural; el poder hace referencia a un modo de estar en el mundo incompatible con la persona, el mensaje y el estilo de Jesús.

²¹ Pues ya por experiencia sabemos que es lo que busca “Lucifer, el mortal enemigo de la natura humana” [*Ej* 136]

gestionada, puede convertirse en una máquina de poder más que un instrumento para el servicio en la Viña, lo cual condiciona un modo de realizar un trabajo, una manera de entender y desarrollar relaciones humanas y un modo particular de establecer vínculos con nuestras propias instituciones, de manera impensable e inimaginable para compañeros y compañeras no jesuitas.

Situarse en el sacerdocio desde el poder puede ser otra manera de camuflar la inseguridad o el temor ante la irrelevancia social y cultural y podemos confundirnos ingenuamente pensando que somos testigos del Señor desde nuestra condición de sacerdotes, cuando la imagen que proyectamos o aquello por lo que se nos respeta o acepta es, sencillamente, porque somos custodios del poder y el prestigio que se le reconoce a la institución, por encima o a pesar de aquellos que la inspiran o deberían inspirarla.

En otras numerosas zonas del planeta el acceso al sacerdocio en la Compañía de Jesús está con frecuencia vinculado a un estrato económico-social elevado y en no pocas ocasiones, significa la oportunidad de salir de la pobreza o miseria. Así, llegar a ser cura, estación de “final de destino” para la vocación despistada, trae consigo el acceso a una parcela de poder y de autoridad, a veces incluso con ecos de estructura de “casta” o de roles sociales de alto prestigio y valoración. El sacerdote puede ser visto como persona que encarna un poder económico hecho visible en grandes instituciones (colegios, universidades), un poder cultural (estudios y títulos) frente a población de muy escasa formación, un poder moral (dirección de personas, orientación de conciencias) y, además, un poder religioso que le proporciona entrar en relación con lo sagrado y el último Sentido de la vida precisamente en las culturas todavía más religiosas (en el sentido lato del término) de nuestro planeta. Ser visto e interpretado así condiciona sin remedio la mirada que el sacerdote o las instituciones por ellos lideradas proyectan sobre sí mismos, para acabar fácilmente interpretándose tal y como la gente lo hace: “en verdad creo que soy / somos poderosos”.

También en estos contextos la condición sacerdotal ha de ser iluminada frecuentemente por un discernimiento ignaciano que nos ayude a ser lúcidos con lo que vamos siendo, que es en gran medida inseparable de aquello que tenemos y hacemos; y lúcidos también con la imagen que ofrecemos y con las posibles interpretaciones que de ella puedan hacerse allí donde realizamos la misión. Tener de fondo la pregunta de Ignacio por la intención: “¿A dónde voy y a qué?” [Ej 206] puede ser de gran ayuda para intentar impedir que el

reconocimiento y la proyección social recibidos nublen el ideal evangélico de la sencillez hecha servicio y entrega “hasta el extremo”.

Jesús, que también atravesó la tentación del poder, se situó tan lejos como pudo de esta hermenéutica de su misión. Vivir desposeído y despojado es lo que le concedió auténtica autoridad.

b. De vuelta al templo. Tampoco el jesuítico-ignaciano es un sacerdocio vinculado estrechamente a su etimología. Sacerdote, frente a cura o presbítero, es el término que más evoca la función del mediador que ofrece el sacrificio en el templo, desde un rol, unas claves y códigos, unos lenguajes, unos espacios, y con unos vestidos determinados²². Nuestro sacerdocio no nace ni desarrolla su despliegue carismático en la historia teniendo como ideal de realización la clave sacrificial en la complacencia litúrgica. Esto, parece obvio, no tiene nada que ver con que no debemos cuidar estética y simbólicamente las celebraciones que realizamos y celebrar con dignidad conforme a las indicaciones de la Santa Madre Iglesia²³. Procedemos de una experiencia que fue tomando cuerpo en torno a la Eucaristía y que encuentra en ella el sentido de su vocación para su trabajo en la historia y para la ayuda de las ánimas como horizonte de sentido y razón de su existir²⁴. Nuestra misión como jesuitas, nuestro servicio a la Iglesia y al mundo, no puede medirse por la dedicación a las liturgias que celebramos, ni puede evaluarse por la cantidad de ministerios explícitamente ministeriales que realicemos a lo largo de una jornada.

En este sentido, en estos últimos 30 ó 40 años venimos siendo testigos de un cierto desplazamiento hacia una liturgia “más litúrgica” en el seno de la Compañía debido, sin duda, a cambios de “sensibilidades” personales, grupales o a circunstancias sociales y culturales que van cambiando en no pocos países. Creo que hemos ganado en calidad espiritual y formal de las

²² *Sacerdote*: de *sacerdos*, *-otis*, compuesto con el indoeur. *dh?* “hacer”; “hacer sagrado, consagrar” (Cf. COROMINAS, J. / PASCUAL, J.A., *Diccionario crítico etimológico castellano hispánico* V, Gredos, Madrid 1991, 127, s.v. *Sagrado*).

²³ Así lo resolvieron las *Constituciones*: “al uso romano, como a más universal, y especialmente abrazado por la Sede Apostólica” [Co 401].

²⁴ Podemos recordar la “grande consolación” que sentía Ignacio en Manresa al oír la Misa mayor y las Vísperas y Completas, todo cantado” [Au 21], sensibilidad que se prolongó hasta su etapa romana pues todavía en 1555, escribe L.G. da Câmara: “algo que le ayudaba mucho a elevarse en la oración era la música y canto de las cosas divinas, como son vísperas, misas y cosas semejantes...” en CÁMARA, L., *Memorial* [177], en *Recuerdos ignacianos* (Alburquerque, ed.) Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 1992, 141, [177]. Cf. KOLVENBACH, P.-H., “En los 450 años de los votos de Montmartre”, *Escritos* I, 33-36.

celebraciones; se han recuperado no pocas formas, comportamientos, mucha de la riqueza simbólica de nuestra liturgia... sin inventar, por otra parte, nada nuevo, sino, acercándonos, sencillamente, a como indica la Iglesia que se celebre con el Pueblo de Dios.

No obstante, de nuevo se abre una ventana a la lucidez del discernimiento en un punto importante para permanecer atentos hacia dónde vamos evolucionando. Hoy, en esta “vuelta al templo”, en tiempos de crisis de relevancia y de significatividad, corremos el peligro de autoafirmarnos en lo que más nos distingue del resto (nuestro sacerdocio ministerial), para pretender ver ahí, a mi modo de ver erróneamente, el núcleo de una identidad frágil que puede camuflar otro tipo de inseguridades personales, comunitarias o institucionales todavía ensombrecidas.

La bondad de la recuperación de la riqueza de la liturgia (con la sobriedad propia de nuestro carisma²⁵) no debe confundirse con una actitud de repliegue hacia la protección y seguridad que el templo nos ofrece, ante el desafío de un contexto cultural difícil que nos provoca a vivir en una intemperie con frecuencia desagradecida y desagradable que poco facilita la construcción de una identidad religioso-jesuítica. La dinámica del posible engaño, dada la aparente objetiva validez del objeto (celebrar más y mejores misas) puede ser muy sutil; hemos de discernir.

c. Corta mirada y parco corazón. Tampoco somos ni queremos ser un sacerdocio local, estático, en cierta manera autónomo o, coloquialmente, “pueblerino”, como si el Espíritu se agotase al cruzar la calle de mi residencia o colegio de toda la vida, o un poco más acá de los límites de mi provincia de siempre. La experiencia de París, tal vez la ciudad más cosmopolita de la Europa del XVI, la proyección del deseo del grupo formulada en Montmartre, o la expansión del corazón hacia “cualquier parte del mundo a donde nos quieran enviar, o a los turcos o cualesquiera otros infieles, aun a aquellas partes que llaman Indias”²⁶, redimensionan las coordenadas epistemológicas y místicas del primer grupo de París, y en ellos todos²⁷. No es, pues, un

²⁵ [Co 586-587].

²⁶ Fórmula del Instituto [4], *Obras* (1991) 457; el autor de la Fórmula proyectó tan lejos como le era posible en su época, la tendencia misionera y la vocación universal de la Compañía. El grupo interpretó la experiencia del Espíritu en ellos como cuerpo sin fronteras, abierto, “sin tergiversaciones ni excusas” a las demandas de la misión.

²⁷ “Estoy convencido de que esta breve historia de nuestros primeros Padres toca el corazón de todo jesuita, y suscita algo que todos hemos interiorizado como parte de nuestra vocación” (NICOLÁS, A., “La vocación

sacerdocio vivido exclusivamente desde o para una única misión, institución, territorio o tarea. “Ignacio no será ordenado sacerdote para una diócesis o un lugar determinado, sino para estar disponible apostólicamente al servicio del Vicario de Cristo en la tierra”²⁸. Radicados en Jesucristo y vinculados en Él²⁹, podemos sin miedos mirar la historia desde perspectivas plurales y diversas. No somos jesuitas instalados en un sacerdocio conformista, e incluso, satisfecho en la cortedad de su alcance. El interés particular, ya sea personal, comunitario o provincial, se convierte en uno de los frenos más poderosos para el desarrollo de la misión de la Compañía. Como jesuitas miramos al mundo en toda su “planicie o redondez” [Ej 102] y esta mirada mantiene despierta cierta “insatisfacción” que nos inquieta con la pregunta radical de todo discernimiento: *quid agendum?* [cf. Au 50] atentos siempre a circunstancias, tiempos, personas y lugares.

4.3 *El sacerdocio jesuítico en su contexto*

a. *Sacerdocio religioso*³⁰. Queremos ser hombres de buena voluntad, hombres de oración, hombres que quieren vivir con Cristo y para Cristo, hombres que han atravesado sus vidas por los consejos evangélicos para ser más sencillos, más pobres y austeros, más disponibles³¹. Esta vida religiosa entendida según el carisma recibido y el instituto en el que el carisma se hace historia, vida y carne, ofrece un contexto para acoger el sacerdocio que se recibe y se vive.

Nuestra religiosidad pierde su sufijo de abstracción al mirar a Jesús. Nos hacemos religiosos en Cristo, “a pesar de nuestra diversidad lo que une a los jesuitas es Cristo y el deseo de servirle. Los jesuitas sabemos quiénes somos mirándole a Él”³². Ahora bien, le miramos no de cualquier forma ni desde cualquier sitio, le miramos desde la experiencia concerniente e irrenunciable de los *Ejercicios* y desde el hogar de ánimos que nos favorecen las *Constituciones*. Así, terminados los años de formación, la experiencia de los ejercicios se nos ofrece en tanto que sacerdotes, esto es, ayudándonos a descender en la religiosidad de nuestra misión, profundizando en el

universal del jesuita” (carta del P. General, Roma 19 de febrero de 2009), *Información SJ*, 41/240 (enero-marzo 2009) 11-15, 15.

²⁸ KOLVENBACH, P.-H., “San Ignacio, testigo de la gratuidad (Roma, 31 de julio de 1987)”, *Escritos* (I), Curia del Provincial de España, Madrid 1992, 662.

²⁹ En el espíritu de la meditación del Rey Eternal: “Mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos, y así entrar en la gloria de mi Padre” [Ej 95].

³⁰ PABLO VI, “Alocución a la Congregación General XXXII”, *Congregación General XXXII*, Razón y Fe, Madrid 1975, 239-259.

³¹ “Alocución del Santo Padre a los participantes en la Congregación General XXXII”, CG 32, 245 [III].

³² CG 35, D2 [2], Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2008, 83.

conocimiento interno de Cristo para más amar y servir, como él y transformando la mirada del corazón para ver el mundo como divinidad emanada de Dios, como el agua de su fuente o los rayos de su sol [Ej 237]. Pecadores pero llamados, “frágiles y enfermos”³³ pero con determinación deliberada [Ej 98], dispuestos a hacer y padecer por Él, pero alegres de participar de lo que él vivió [Ej 197].

Sólo así somos sacerdotes. “Es nota característica de la ‘misión’ y de la Compañía como cuerpo y constituye, por tanto, una nota ignaciana de gran valor en el cumplimiento de su misión”³⁴. La CG 32 se refirió a la Compañía como Compañía sacerdotal “pues todos, incluidos hermanos coadjutores y los escolares participan de un único apostolado: el que ejerce la Compañía en tanto que cuerpo sacerdotal; entendiendo este término no solamente en el sentido plenario del sacerdocio bautismal, sino en el sentido específico de sacerdocio presbiteral”. Por la sacerdotalidad de la Compañía sus miembros contribuyen a la ayuda de los prójimos, Palabra y Sacramento que subyace a todo ministerio que realizamos más o menos explícito³⁵. Éste es el primero de los aspectos que Kolvenbach destaca en su alocución a la Congregación de Procuradores: “los diez primeros jesuitas son ante todo presbíteros que, provenientes de países diversos, han expresado el deseo de agruparse en un solo ‘cuerpo’ apostólico, en un ‘presbiterio’, no alrededor de un obispo al servicio de una diócesis, sino alrededor del Sumo Pontífice al servicio de la Iglesia universal”³⁶. El sacerdocio es para nosotros un “punto de encuentro” en el que confluyen nuestra manera de entrar en la familiaridad con Dios y nuestra manera de acceder al mundo para curar, ayudar y sanar pero también para ser curados, ayudados y sanados en nuestra débil fragilidad: palabra, sacramentos, conversaciones, catequesis, clases, gestiones, presos, enfermos, libros o campamentos...³⁷.

³³ Cf. CG 32, D2 [1], 45 y *Deliberaciones de 1539*.

³⁴ ARRUIPE, P., “La misión apostólica...”, *cit.*, 121.

³⁵ Sacerdotalidad que “abraza dentro de sí misma tanto a los que desean participar de la función presbiteral de coadjutores del orden episcopal, como a los que quieren entregarse a las expresiones de nuestra misión apostólica, que no requieren la ordenación sacerdotal” (CG 32, “Jesuitas hoy”, D2 [22]).

³⁶ KOLVENBACH, P.-H., “En el 450 aniversario...” (Loyola, 26 de setiembre de 1990), *cit.*, 256. De fondo, *Congregación General 32*, D2, [22]. (Cf. *Constituciones de la Compañía de Jesús. Normas Complementarias*, Curia del Preósito General de la Compañía de Jesús, 1995, 260, párrafo 2§2).

³⁷ La *Fórmula del Instituto* no escatimó a la hora de ofrecer ministerios posibles para el jesuita en misión. “El criterio de lo sacerdotal tiene, por tanto, un sello específico en la manera de realizar la misión, y en la correlativa ayuda que el mundo puede y debe esperar de nosotros, continuadores de Ignacio y sus compañeros” (ARRUIPE, “La misión...”, 122).

b. Somos humildad letrada. La impronta primera del grupo de París introdujo los *preti reformati* en un clero necesitado con urgencia de nuevos impulsos y renovación. Esta reforma incluía como elemento irrenunciable, además de la revitalización de la vida espiritual en la amistad profunda con Jesucristo, una sólida formación humana y teológica. Si bien la larga etapa de formación del jesuita concentra de manera especial su época letrada, el estudio ha de acompañar todo el proceso de seguimiento del Señor³⁸. Parafraseando el texto evangélico, seguimos al Señor, tal vez, sin sandalias, sin alforja y sin bastón, pero Jesús nos diría, con un libro, “tomad un libro, un buen libro, para el camino”³⁹. No se trata sólo de una buena práctica para mantenerse uno más ágil, joven, y huir de esquemas y retóricas obsoletas. Es una manera de servir mejor, y, por tanto, de mostrar el amor que fluye de arriba y atraviesa nuestras vidas para los prójimos. El sacerdocio jesuita es un sacerdocio para el mundo y el mundo es realidad compleja. Servir en este mundo implica lucidez, observación, crítica, valoración, ponderación, actualización, examen, decisión, acción⁴⁰. “Pocas cosas me asustan más, solía decir el P. Arrupe, que la Compañía dé respuestas de ayer a los problemas de hoy”.

Así nos lo recordaba Benedicto XVI en la CG 35: “La Iglesia necesita con urgencia personas de fe sólida y profunda, de cultura seria y de auténtica sensibilidad humana y social [...]. Fiel a su mejor tradición [la Compañía de Jesús] debe seguir formando con gran esmero a sus miembros en la ciencia y en la virtud, sin conformarse con la mediocridad...”⁴¹. En su homilía de la Eucaristía de clausura de la C 35, el P. General Adolfo Nicolás hizo eco de este punto irrenunciable del carisma, al hablar de la misión: “y el evangelio nos dice ‘Id, id’, y nosotros hemos ido y nos hemos encontrado con cantidad de problemas [...] hemos comprendido que ir no sólo significa tomar el avión,

³⁸ “Insistan todos, incluso los ya formados, en nutrir y renovar de manera permanente la vida espiritual en las fuentes que nos facilitan la Iglesia y la Compañía, como la reflexión bíblica y teológica, la liturgia, los Ejercicios Espirituales, los retiros, la lectura espiritual y de más medios, de modo que, con el paso del tiempo, se pueda ir revitalizando la propia vida espiritual, y la actividad apostólica sea respuesta más eficaz a las necesidades de la Iglesia y a las preguntas de los hombres” (*Constituciones de la Compañía de Jesús. Normas Complementarias*, 347-348, párrafo 241).

³⁹ Anécdota. “El modo de venir era a pie en todos nueve [compañeros] [...] y con vestidos de poco precio y libros de mano y otros a cuestras” y más adelante, cuando no les creían al pedir limosna porque “no les veían tan rotos y llevaban sus bolsas con los libros” (POLANCO, J. A., “Sumario Hispánico” en *Diego Laínez, Primer biógrafo de San Ignacio* (Albuquerque, A., ed.), Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2005, [63] 184 y [66] 186).

⁴⁰ “En el ejercicio del sacerdocio ministerial del jesuita, el saber no es poder, sino servicio del Reino” (*Congregación General 34, D-6* [21]).

⁴¹ BENEDICTO XVI, *Alocución a la CG 35*, [4] 265-266.

sino entrar en la cultura, en la vida de las personas. Ir quiere decir estudiar, investigar, entrar en la vida de los hombres”⁴².

El mundo ha dejado para siempre de ser realidad estática. Es dinámica viva, en cambio y evolución continuos. Pensar y formular es la manera que tenemos de entrar en la dinámica de la evolución del mundo y poder intervenir en él como Buena Noticia. Estudiar, mucho antes que ganar en erudición, es la forma que tenemos de entroncar con la experiencia del Cardoner que pasivamente se le concedió a Ignacio⁴³; intentar comprender la entraña divina de todo lo que es, para dejarnos sorprender por su inagotable novedad y actuar en él según más convenga. Colaboramos así con el trabajo dinámico del Espíritu en el mundo⁴⁴.

La acción en la Compañía, nuestro incidir en la historia, no es aleatoria, ni espontánea, es acción *discreta*, esto es, discernida para intentar acertar con aquella que sea la mejor de las posibles, no a gloria del hombre, ni siquiera a gloria de Dios, sino a la *mayor* gloria de Dios⁴⁵. *Letrarse* o sea, estudiar, es una manera de respetar primero, y de querer y servir después a las personas que están con nosotros. Todo ministerio jesuítico no puede renunciar a ser un ministerio letrado, cualquiera que sea⁴⁶.

c. Somos acogida disponible y ayuda societaria

Otro ha dispuesto de nosotros y hemos acogido su disposición. Otro nos ha pensado y soñado aquí, ahora, así. Y aquí estamos. Su querer nos precede. Sólo así podemos llegar a ser misioneros para esparcir por todo el mundo la sagrada doctrina [Ej 145]. Sólo así nos podremos mantener en la humildad amorosa. “Un sacerdocio para la misión, marcado por la gratuidad

⁴² P. Adolfo NICOLÁS, “Clausura de la CG 35 (6 de marzo de 2008)”, *Congregación General* 35, 321.

⁴³ “entendiendo y conociendo muchas cosas, tanto de cosas espirituales como de cosas de la fe y de letras, y esto con una ilustración tan grande, que le parecían todas las cosas nuevas” [Au 30].

⁴⁴ Nótese en el ejercicio de la Contemplación para alcanzar amor, la abundancia tanto de gerundios para expresar esta dinamicidad (*dando, vegetando, sensando, haciendo, seyendo*) como de presentes habituales: *habita, trabaja, labora, descenden...*

⁴⁵ Redactadas estas líneas leí con sorpresa y satisfacción esta reflexión de Arrupe: “no nos debemos dejar ilusionar con la tentación fácil de una acción inmediata, que quita tal vez eficacia a nuestra verdadera misión; ni tampoco creer que el único estudio ha de ser la reflexión espontánea sobre la vida. El nivel académico no es mera fórmula jurídica, sino la exigencia del servicio que la Compañía ha de prestar siempre a la Iglesia” (ARRUPE, P., “A los jesuitas de España (29/6/1970)”, *La identidad...*, 351-357, 356).

⁴⁶ “Estos ministerios [...] requieren para ser eficaces una dedicación profunda y seria al estudio... La tradición de un ministerio sacerdotal docto y de excelencia intelectual, está profundamente enraizada en nuestro modo de proceder” (CG 34, d6 [21]). (Cf. “Pobres... e instruidos”, KOLVENBACH, “En el 450 aniversario...”, *cit.*, 259-260).

de esta disponibilidad apostólica”⁴⁷. Nuestro apostolado, que se concreta en una misión y tarea determinadas no puede realizarse al margen del sacerdocio, sino integrándolo y haciendo de él el fundamento silencioso de lo que hacemos.

Es un sacerdocio que integra la oración preparatoria de los ejercicios⁴⁸ y que favorece así que nuestro hacer ministerial sea revelación del trabajo del Espíritu en nosotros. Es la ayuda a las ánimas, ayudar más y mejor a descubrir la condición de criaturas y a poner a la criatura con su Criador. A eso ayudamos y para algo o mucho de eso disponemos del sacerdocio, un sacerdocio en ejercicio, en ministerio recibido. En este sentido somos más curas que sacerdotes, aunque el término nos guste menos, tal vez porque es más simple, más humilde. “Cuidar y curar de” situaciones donde “no hay otros que alivien y donde puede lograrse un bien más universal”⁴⁹. Preocuparse “por quienes nadie se preocupa o [por personas] que son poco atendidas. Esta es la razón fundamental de la fundación de la Compañía, ésta es su fuerza, ésta es su dignidad en la Iglesia”⁵⁰.

Y todo esto en misión corporativa. Lo que nos construye como cuerpo y nos cohesiona más místicamente es el vínculo con el Vicario de Cristo, “nuestro principio y principal fundamento”, como reconoció Bobadilla⁵¹. Servimos en misión querida y reconocida por el vicario de Cristo y estamos en la misión con este horizonte eclesial que nos fundamenta y nos orienta⁵². La misión recibida del provincial o del general deriva de una disponibilidad y obediencia corporativa a la Santa Sede, quien en definitiva sustenta el “circa misiones”. Este horizonte simbolizado en el Sumo Pontífice arraiga eclesialmente toda misión de la Compañía; nuestra viña es la viña de la Iglesia, la viña del Señor. No hay dos viñas de trabajo, aunque trabajemos más allá de las fronteras institucionales o incluso ideológicas, teológicas o culturales de lo que la Iglesia institución pueda alcanzar a comprender en su misión ordinaria.

⁴⁷ KOLVENBACH, P.-H., “San Ignacio testigo de la gratuidad. (Roma, 31 de julio de 1987)”, *Escritos...* I, 663.

⁴⁸ “que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina Majestad” [Ej 46].

⁴⁹ *Congregación General* 34, D6, 11.

⁵⁰ NADAL, J., *Monumenta Natalis*, V-II 126 [316] también en CG 34, D6 [11].

⁵¹ “Vicario de Cristo aseguraba a la Compañía que su sacerdocio estaba integrado en la dinámica de la misión confiada por Cristo a los apóstoles y a sus sucesores [...] La obediencia particular de la compañía de Jesús al Pastor de la Iglesia universal hay que situarla, por ello, en el interior de la universalidad virtual de toda misión en la Iglesia” (KOLVENBACH, “En el 450 aniversario...”, *cit*, 261).

⁵² Puede ayudar releer en este contexto el capítulo 1 de la parte VII de las *Constituciones*, “De las misiones de su santidad” [603-611].

Renovar nuestro sacerdocio como jesuitas es preguntarnos honestamente acerca de cómo estamos en relación al Cuerpo. No sólo sobre el *qué* de lo que hacemos (seguramente bueno y de calidad), ni sólo el *desde dónde*, que sólo puede ser desde Cristo, sino también el *cómo*. Nuestra “santificación” por el trabajo, o sea, el despliegue espontáneo de nuestra capacidad de amar que se desvela en el servicio, es corporativa, es relacional. No realizamos acciones particulares de buen servicio, aunque sean en verdad acciones muy virtuosas, tal vez, incluso, santas. Sino que servimos desde un Cuerpo que quiere ser amor orgánico de Dios para el mundo, y entra en la historia articulándose dinámicamente en Provincias, Proyectos, Comisiones, Equipos...acciones. Todo un proceso pneumatológico, que así interpretado es lo que va haciendo de nosotros “contemplativos en la acción”.

d. Somos pobreza y desalajo. Por este actuar así, desposeyéndonos, nos vamos haciendo pobres y nuestra pobreza consiste en ser sólo, por muy activos que seamos, cauce de la gracia.

Dios accede al mundo a través de lo que hacemos en nuestros ministerios; es la manera concreta que tiene de salir de sí como el agua brota de la fuente o los rayos del sol. Pero hay que ser muy pobre y estar muy *humildado* para vivir en esta receptividad absoluta del amor y acertar a traducirlo en obras de ayuda a los hermanos. Pero ahí y así nos quiere Ignacio. “La extensión [del servicio apostólico] es tanta, cuanto se extiende la caridad; los medios son tantos cuantos pueden ser ejercitados por la humildad del un simple sacerdote”⁵³.

Con frecuencia miramos o interpretamos al sacerdote en una clave ascendente, más propia del mediador del templo judío, como quien en nombre de la asamblea, elevando las manos con las ofrendas, ofrece a Dios la vida y el trabajo del ser humano, como si de incienso se tratase. Esta dimensión ascendente es necesaria e irrenunciable para vehicular el deseo religioso de la comunidad. Pero no menos presente en nuestros ministerios acontece la dimensión descendente, que acoge el amor de Dios que desciende de arriba y lo articula eficazmente por los ministerios, traduciéndolo en ayuda de las ánimas. Así somos mediadores del amor de Dios y favorecemos su visibilidad en la historia. Ésta es la visibilidad que Dios quiere, que nuestras obras sean de

⁵³ NADAL, J. “Tercera plática de Alcalá”, *Comentario de Instituto*, 308.

tal manera pobres, o sea vacías de nosotros mismos, esto es, transparencia de la divinidad, que la gente pueda reconocernos por el amor de Dios que fluye en nosotros, hecho veraz y creíble en ministerio de ayuda.

Nadal afirmó que “nuestra casa es el mundo”, pero el mundo está habitado por Dios [Ej 235] quien habita en todas las criaturas, y permanece fielmente en ellas trabajando y laborando incesante, ininterrumpidamente en el mundo⁵⁴; por lo tanto, lo que Nadal no dijo (¿tal vez por temor a la Inquisición?) pero muy probablemente pensó, es que “Nuestra casa es Dios” y nuestra manera de unirnos a él es a través de nuestras acciones, que llamamos ministerios⁵⁵. Nuestro hacer es cauce de gracia, de don al mundo; trabajamos y laboramos en el mundo como Dios trabaja y labora en él y también en nosotros “seyendo templo de nosotros”. Esta aceptación de la acción de Dios que nos precede, nos hace más humildes que si lo negamos por falsa humildad y pretensión de mantener nuestra absoluta autonomía⁵⁶.

La tercera de las vías místicas tradicionales, la *unitiva*, toma forma en el carisma de la Compañía al ser incorporados en el Espíritu al trabajo de Dios en la historia⁵⁷; a través de él, orientado según la oración preparatoria y empobrecido por nuestra humildad en Cristo, sabiendo que sólo somos gestores de algo sagrado que viene de lo alto, la gente no puede no sentirse ayudada. Para nosotros hacer es un modo de ser y este modo de ser es, reflejando del de Dios, dándonos, vertiéndonos al mundo, que sólo es dejar que él ser vierta a través nuestro.

Los ministerios son así lugar teológico, de encuentro y de unión con Dios. Nosotros en cuanto nosotros y por nosotros mismos no hacemos nada, nunca llegaríamos a ser contemplativos, aunque fuésemos muy activos. El mundo ya tiene una estola sobre sí antes de que yo lo alcance, el Creador mismo que la

⁵⁴ *Trabajar y laborar*. Por el primer verbo, nos esforzamos e incluso sufrimos por el mundo; por el segundo nos implicamos cualitativamente, realizamos acciones “artesanales” que trabajan personalmente, cuidando lo que hacemos, como Dios hace con nosotros y con Su mundo.

⁵⁵ Discernida la selección de ministerios, entonces, cualquier ministerio. Cf. P.-H. KOLVENBACH, “Mística y política de Ignacio de Loyola”, *Escritos II*, 512-522.

⁵⁶ La humildad de María, la propia de la cuarta semana de los Ejercicios, “proclama mi alma la grandeza del Señor...”, es más profunda que la del centurión romano cuando afirma: “no soy digno de que entres en mi casa”. María se desalojó, perdió conciencia de la propiedad de su interioridad, era Dios en ella, y por eso Dios hizo cosas grandes en ella. El centurión está en el proceso de primera semana, reconociéndose lúcidamente pecador, pero todavía propietario de su sí mismo (“mi casa”), teniendo a Dios frente a Él, no en Él.

⁵⁷ MELLONI, J., *La Mistagogía de los Ejercicios*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2001, 261-262.

habitaba y sostenía desde el principio⁵⁸. La que yo me pongo para celebrar es segunda, eco o memoria de la dimensión sagrada de lo real, de lo que existe⁵⁹. Dios lo sacraliza todo con su presencia como los rayos del Sol o las aguas de la Fuente.

Conclusión. *Sacerdocio eje integrador de una vida entregada.* El sacerdocio puede ser para el jesuita el eje integrador de su única vida, que no puede ser sino vida espiritual, o sea vida del Espíritu en nosotros. En esto consiste nuestra mística, en vivir unificados. Sólo podemos pensar en nosotros mismos como nuestro sacerdocio; éste no es puede ser leído como una dimensión más de nuestra vida yuxtapuesta al trabajo laboral, la vida de ocio o la de comunidad. Misterios de la Vida de Cristo, Ministerios-Acción-Trabajo, Creación-Mundo-Historia son lenguaje de una misma realidad pneumática, en el Espíritu. En Eucaristía para el mundo que asume y eleva el amor hecho trabajo, donde ofrecemos la vida incorporando todas las vidas de nuestro pequeño mundo, expresión del cuidado por la creación y del deseo atraerla hacia su identidad. Eucaristía también que acoge lo que viene “de arriba” o de lo más hondo –no importa- y nos remite al mundo en obras que son transparencias de un amor eternamente recibido⁶⁰.

José García de Castro Valdés, SJ
Universidad P. Comillas
Madrid

⁵⁸ Dios ya pasó por el mundo “con presura” y lo dejó todo “vestido de hermosura” (*Cántico Espiritual* A, estrofa 5).

⁵⁹ “La acción de Dios no comienza con lo que nosotros realizamos; ya la gracia de la creación contiene en sí el fundamento de lo que Dios realizará con la gracia de la redención” (*Congregación General* 34, D6, [20])

⁶⁰ “que su sacerdocio impregne toda su actividad, sobre todo por medio de la oración, por el testimonio de su propia vida y por la Sagrada Eucaristía, pues en ella ‘se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, a saber, Cristo mismo’ y por medio de ella los hombres y todas las cosas creadas son llevadas al Padre” (CG 31, D23 [12]; cita interna de *Presbiterorum Ordinis* [5]).

Al final...

“*Sed buenos.* Buenos en vuestro rostro, que deberá ser distendido, sereno y sonriente; buenos en vuestra mirada, una mirada que primero sorprende y luego atrae. Buena, divinamente buena, fue siempre la mirada de Jesús [...] *Sed buenos* en vuestra forma de escuchar ...

Sed buenos en vuestras manos: manos que dan, que ayudan, que enjugan las lágrimas, que estrechan la mano del pobre y del enfermo para infundir valor, que abrazan al adversario y le inducen al acuerdo, que escriben una hermosa carta a quien sufre por nuestra culpa [...]

Sed buenos en el hablar y en el juzgar; sed buenos, si sois jóvenes con los ancianos; y si sois ancianos, sed buenos con los jóvenes.

Mirando a Jesús, para ser imagen de Él, sed, en este mundo y en esta Iglesia, contemplativos en la acción; transformad vuestra actividad ministerial en un medio de unión con Dios.

Sed buenos. El sacerdote debe ser ciertamente el hombre de la santidad, de la fe, de la esperanza, de la alegría de la palabra, del silencio, del dolor. Pero debe, sobre todo, ser bueno: debe ser el hombre del amor”⁶¹.

⁶¹ ARRUPE, P., “Sacerdotes para la Iglesia y para los hombres”, *La Iglesia de hoy...*, 516 (texto adaptado).

ALGUNAS REFERENCIAS SOBRE EL SACERDOCIO IGNACIANO-JESUÍTICO

ARRUPE, P., “Estar y trabajar con Jesús: sacerdotes hoy”, *La Iglesia de hoy y del futuro*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 1982, 491-502.

ARRUPE, P., “Sacerdotes para la Iglesia y para los hombres”, *La Iglesia de hoy y del futuro*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 1982, 503-516.

CEBOLLADA, P., “Consideraciones sobre el sacerdocio del jesuita”, *Manresa* 74 (2002) 309-320.

CODINA, V., “El sacerdocio del jesuita en el futuro”, *Manresa* 53 (1981) 79-84.

CONCILIO VATICANO II, *Presbiterorum Ordinis*.

CONGREGACIÓN GENERAL 31 DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, “Decreto 23. Apostolado sacerdotal”, *Hechos y Dichos*, Zaragoza 1966, 193-201.

CONGREGACIÓN GENERAL 34 DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, “Decreto 6. El jesuita sacerdote. Sacerdocio ministerial e identidad”, *Mensajero-Sal Terrae*, Bilbao-Santander 1995, 167-185.

COUPEAU, C., “Una vocación sacerdotal bajo cuatro luces”, *Manresa* 74 (2002) 321-339.

DIEGO, L. de, *La opción sacerdotal de Ignacio de Loyola y sus compañeros. Estudio histórico e interpretación teológico-espiritual*, CIS-UCAB, Roma-Caracas 1975.

DIEGO, L. de, “Sacerdocio”, *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana* (II), Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2007, 1581-1589.

GARCÍA DE CASTRO, J., “Sacerdocio en ejercicio. Los primeros sacerdotes jesuitas”, *Manresa* 74 (2002) 341-359.

IGLESIAS, I., “Aportaciones a su biografía interior”, *Pedro Arrupe, General de la Compañía de Jesús. Nuevas aportaciones a su biografía* (La Bella, G., ed.), Mensajero-Sal Terre, Bilbao-Santander 2007, 975-1019.

KOLVENBACH, P.-H., “En el 450 Aniversario de la aprobación de la Fórmula del Instituto por el Papa Paulo III (Loyola, 26 de setiembre de 1990), *Selección de Escritos (1983-1990)* (I), Curia del Provincial de España, Madrid 1992, 253-268.

O’MALLEY, J., *Los primeros jesuitas*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 1995.

URIARTE, J, M^a, “Ser presbítero en el seno de nuestra cultura”, *Vida Nueva* 2673 (5-11 de setiembre de 2009) (Pliego).

ZAS-FRIZ, R., “El ministerio ordenado de la Compañía de Jesús. Revisión de la bibliografía postconciliar”, *Estudios Eclesiásticos* 78 (2003) 483-519.